

# Entre terroristas. Una política exterior para el mundo del terror

CARLOS MIRANDA<sup>1</sup>

Un comentario al libro de: Mario Núñez Mariel, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, 714 pp.)

Al comienzo de este voluminoso libro Mario Núñez Mariel manifiesta su decisión de relatar su posición frente al terrorismo contemporáneo a partir de su propia experiencia personal frente al horror desencadenado por los odios religiosos e ideológicos (p.16). Creo importante tener a la vista esta declaración de intenciones de Mario Núñez porque si bien a lo largo de la obra encontramos extensos pasajes de análisis de gran solidez teórica, múltiples datos y consideraciones técnicas y serias reflexiones éticas y políticas, también encontramos muchísimas páginas que contienen un encendido discurso de repudio a las prácticas terroristas tanto de los grupos fundamentalistas islámicos como de las derivadas de la actual política exterior de Estados Unidos. Es debido a estas características que me parece que este libro está integrado por varios libros entremezclados de una curiosa y sutil manera. Es un ensayo crítico, pero también es un volumen de historia, un texto de política exterior, un estudio de psicología social y un manifiesto por la paz y la democracia. Historia, teoría, reflexión crítica y denuncia se suceden unas a otras, siempre con la fluidez que emana de una pluma ágil y dotada de un bello estilo, lo que constituye casi una paradoja cuando el tema unificador de estos distintos enfoques es uno de los más horribles: el terrorismo.

La tesis central sostenida a lo largo del libro es que los terroristas sectarios y los terroristas de Estado son las contrapartes de un mismo fenómeno, debido a que unos y otros, desde sus respectivas posiciones, son similarmente fundamentalistas. Al compartir este rasgo común su rivalidad se trastoca en involuntaria complicidad en la provocación del terror. Pero si el terror es combatido con el terror lo primero que se consigue es alimentar el terror. Núñez Mariel ilustra y fundamenta esta premisa básica de su obra comparando y equiparando reiteradamente las figuras de Osama Bin Laden y de George W. Bush, el primero como el rostro más representativo del hiperterrorismo global inaugurado con los atentados del 11-S de 2001, y Bush como el máximo practicante, según Núñez, del terrorismo de Estado en el escenario mundial contemporáneo. En la visión del autor, ambos

<sup>1</sup> Carlos Miranda es profesor titular del Departamento de Ciencia Política del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile y Director (s) del mismo Instituto. Correo electrónico: cmiranda@uchile.cl

actúan movidos por convicciones fundamentalistas de raigambre religiosa, lo que los vuelve extremadamente peligrosos.

Ello es así porque el fundamentalismo se sustenta en el convencimiento absoluto de estar en la posesión del bien y de la verdad única. Implica, por lo tanto, la adopción de una postura maniquea, carente de matices, excluyente e intolerante ante quienes no comparten las creencias propias, los que son vistos como encarnaciones del error y del mal. Por esta razón es que los fundamentalistas en sus luchas recurren a la utilización de expresiones tales como “El Gran Satán” o “El Eje del Mal”. Imágenes de este tipo son de gran efectividad porque confieren a sus adherentes la fuerza mística y la justificación moral y política para destruir por cualquier medio al enemigo, ya que siempre hay que luchar contra el mal.

Como escribe Núñez Mariel:

“La sociopscopatía de origen místico y los odios religiosos tienen el componente metafísico que los hace doblemente amenazantes: la justificación de los actos inmorales y hasta barbáricos es trascendente y, por lo tanto, no es objeto de juicio en la Tierra, por un lado, y por el otro, la defensa de Dios permite cualquier salvajada bajo la promesa del acceso al paraíso” (p.75).

De aquí se sigue la efectividad del terrorismo practicado por suicidas religiosos, que no sólo no tienen nada que perder sino que creen estar ganando la recompensa eterna, lo que los vuelve invulnerables. Los terroristas religiosos suelen comprender el suicidio “como parte natural de su forma de lucha” (p.89). Esta actitud plantea una diferencia clave con otras vertientes del terrorismo (anarquistas o marxistas, por ejemplo), ya que éstos pueden estar dispuestos a enfrentar el riesgo de la muerte por sus actos, pero tratan de escapar de ella; en cambio, los terroristas suicidas “son verdaderas bombas inteligentes sin nada que perder, salvo la vida que ya han ofrendado a la causa que los impulsa” (p.89), lo que los hace más peligrosos y difíciles de combatir.

A pesar de ésta y otras diferencias existentes entre el terrorismo religioso y el secular, ambos comparten características comunes, tales como el primer y más directo objetivo estratégico consistente en provocar el miedo en la población, sembrar la incertidumbre y desconfianza hacia las autoridades y así corroer las bases del orden establecido para posibilitar la eventual instauración del nuevo orden soñado. Las metas últimas siempre son maximalistas y para alcanzarlas cualquier medio es válido.

Esta última aseveración es una de las muchas maneras de corroborar la posición de Núñez Mariel que sostiene que Bin Laden y Bush son las dos caras de la misma moneda del terror. En efecto, es tan maximalista el propósito de Bin Laden de instaurar el Califato universal como el de Bush de eliminar el terrorismo de la faz de la tierra.

Volviendo a los terroristas suicidas islámicos conviene tener presente algunas pertinentes observaciones de Núñez Mariel para delimitar adecuadamente el fenómeno y evitar simplificaciones tergiversadoras. La ley islámica prohíbe el suicidio y

lo castiga con la condenación eterna. Basta este solo antecedente para poner en evidencia lo que Núñez llama “el juego ideológico de los terroristas islámicos” (p.106). Estos sólo constituyen un pequeño grupo minoritario que se arroga falsamente la representación de más de 1200 millones de creyentes en el Islam que en su gran mayoría nada tienen que ver con el extremismo violento de los fundamentalistas. Por cierto, también queda desmentida la difundida tesis de Samuel Huntington sobre el choque de las civilizaciones, que es calificada por Núñez como “una apreciación arbitraria y pesimista del mundo contemporáneo, que interpreta en bloque al mundo musulmán y de paso interpreta en bloque al mundo occidental” (p.106). El error simplista y simplificador de Huntington es, a mi juicio, precisamente el señalado por Núñez: suponer que ambos son bloques homogéneos, lo que implica desconocer burdamente las diferencias a veces profundas que existen al interior de cada bloque o “civilización” en la terminología de Huntington.

Núñez reconoce la dificultad de establecer una tipología del terrorista como quisieran las agencias de inteligencia occidentales. No obstante, él se esfuerza por recopilar una serie de rasgos psicológicos que poseen en común los terroristas de diferente filiación ideológica, secular o religiosa. Los terroristas suelen ser sectarios y paranoicos, pretenden representar la pureza contra la perversión, o la ortodoxia contra la herejía. Interpretan el mundo de manera maniquea, lo que implica dividir el mundo en dos polos antagónicos: el de la verdad y el de la mentira; el de los correligionarios y el de los traidores. Esta rígida y esquemática visión de la realidad, carente de matices, no admite preguntas e imposibilita acuerdos. Y cuando todo se ve y se expresa de manera binaria, sólo es posible concluir que o se está con ellos o se está en contra de ellos.

Estos rasgos psicológicos compartidos por los terroristas sectarios y los terroristas de Estado, ciertamente tienen un carácter patológico, aspecto que, según Núñez, ha sido investigado sólo de manera intermitente en los estudios sobre el terrorismo, por lo que él se propone superar las insuficiencias al respecto construyendo el concepto de *sociopsicopatía*.

Basándose en estudios de especialistas en la definición del llamado desorden antisocial de la personalidad, Núñez sistematiza 29 rasgos caracteriales de la personalidad de los sociopsicópatas. El objetivo de este trabajo es evaluar la personalidad de los terroristas. Pues bien, aplicando este instrumento a la observación del comportamiento de George W. Bush, Núñez constata que “en la conducta de G.W. Bush se encuentran contenidas 27 de esas agresivas actitudes antisociales” (p.137), lo que avala su calificación del actual Presidente de Estados Unidos como un “sociopsicópata terrorista de Estado”.

Núñez reconoce que “es más difícil acercarse a los terroristas sectarios o fundamentalistas para describir sus rasgos caracterológicos y demostrar su sociopsicopatía desde el punto de vista clínico” (p.131). Sin embargo, aunque la información sea incompleta, lo que se sabe acerca de ellos los identifica con muchas de las características del sociopsicópata: son violentos, agresivos, narcisistas, mitómanos, manipuladores, conspirativos, marginales, crueles, despiadados, irresponsables, carentes de realismo, y otras.

El análisis de Núñez Mariel a la luz de su concepto de sociopocopatía me parece una vertiente de gran interés para el estudio del terrorismo. Sin embargo, durante la lectura de las páginas dedicadas al tratamiento y desarrollo de este enfoque me asaltó la duda acerca de si el énfasis en considerar a los terroristas como enfermos mentales, como pacientes de variadas psicopatías, ¿acaso no disminuye en cierta medida la responsabilidad moral por los crímenes que cometen?

El tema es complejo. El terrorismo, especialmente cuando se aplica indiscriminadamente y afecta a víctimas inocentes, nunca puede ser justificado con ningún tipo de atenuantes. Por otra parte, los ingredientes sociopsicopáticos parecen formar parte del fenómeno. Haberlos incorporado al análisis es uno de los muchos aportes de este libro, a lo largo del cual su autor condena abiertamente y sin reservas la utilización del terrorismo.

Un pasaje ilustrativo de la inequívoca posición de Núñez Mariel al respecto es el siguiente:

“Desgraciadamente, el mundo contemporáneo en su iniquidad infinita da elementos suficientes para encontrar los mecanismos propiciatorios del terror. Los terroristas no nacen por generación espontánea, se cultivan en las carnes adoloridas de una humanidad plagada de conflictos irresolubles por las contradicciones y desequilibrios de las estructuras sociales del capitalismo tardío mundializado; sin desarrollo compartido; sin equidad y sin justicia; sin alimentación y educación garantizadas; sin vivienda suficiente y salud para todos; en fin, con lacerantes exclusiones estructurales y sin democracia distributiva, que vaya más allá de los juegos dispares de la representación electoral. En el mundo de la iniquidad, la injusticia y la explotación estructural el terror seguirá siendo parte frecuente de las noticias cotidianas. No obstante, es prudente advertir que la debacle mundial contemporánea no justifica la existencia o actuación de los terroristas, simplemente permite acercarnos a la explicación de su odiosa reproducción en la escena política planetaria” (pp. 130-131).

En síntesis, lo que sostiene Núñez Mariel es que los múltiples males e injusticias del mundo contemporáneo pueden entenderse como causas generadoras del terrorismo, pero no lo justifican. Yo comparto esta tesis, pero no las circunscribo sólo al mundo contemporáneo. El terrorismo es un método de uso de la violencia para fines muy diversos, y como tal ha sido empleado a lo largo de la historia si bien no siempre con la sistematicidad con que actualmente se lo utiliza. Por la misma razón, no puedo concordar con afirmaciones como la siguiente: “El terrorismo es un síntoma a su vez de una enfermedad más general: el desquiciamiento o crisis global del capitalismo tardío” (p. 131). Si ello fuera así, entonces quedarían sin explicación las motivaciones de los terroristas que han actuado en épocas, lugares y circunstancias muy diferentes.

Mis discrepancias con Mario Núñez Mariel en éste y varios otros puntos, de ninguna manera disminuye mi valoración de la solidez intelectual y teórica de su trabajo, incluyendo en mi reconocimiento el provocativo apasionamiento que lo invade y domina en el tratamiento de ciertos temas, especialmente cuando se refiere a George W. Bush.

Mario Núñez no oculta, y ni siquiera trata de disimular, el desprecio intelectual, moral y político que le provoca George W. Bush. Le aplica calificativos tales como: megalómano, autoritario, narcisista fálico, traficante de influencias, de aparatosa ignorancia por la insuficiencia en sus estudios y su tendencia a la banalidad (p.348).

Se entiende que con un líder con tales y otras deleznable características que le atribuye Núñez Mariel y que son difíciles de desmentir o contrarrestar, Estados Unidos, la hiperpotencia, la potencia hegemónica, la potencia imperial, suscite “la animadversión de millones y millones de seres indignados ante su salvajismo tecnológico, su arrogancia narcisista, su obsesión egocéntrica y su prepotencia de gendarme universal sin placa o credencial que lo identifique y acredite como tal” (p.327).

Esta percepción, cada día más ampliamente extendida, compartida en el mundo entero, tendrá como inevitable consecuencia que Estados Unidos termine perdiendo la batalla ideológica que supuestamente había ganado con el derrumbe de la Unión Soviética.

Pero, a mi juicio y según lo vengo sosteniendo desde hace muchos años, la caída de la Unión Soviética no se debió a una victoria de su rival sino más bien a una autoderrota provocada por sus propios errores y horrores. Este mismo síndrome es el que parece estar afectando actualmente la errática política exterior de Estados Unidos. Está perdiendo la guerra contra el terrorismo porque al terrorismo no se lo combate arrasando países enteros, y al mismo tiempo está perdiendo la hegemonía ideológica que de hecho había ganado tras el fin de la Guerra Fría utilizando el poder blando, que en el largo plazo es incomparablemente más efectivo. Pero su aplicación requiere ejercer el liderazgo mundial con inteligencia y sutileza, atributos ausentes por completo en la política exterior de Bush. A juicio de Núñez Mariel, George W. Bush ha resultado ser:

“el principal enemigo de la democracia estadounidense y principal promotor del imperio como fuerza hegemónica, dictadora de las guerras preventivas, y su derechismo fundamentalista recrea la estupidez con una fuerza mayor a la del izquierdismo sectario de los años sesenta, setenta y ochenta” (p.700).

La conclusión de Núñez Mariel es lapidaria:

“El multilateralismo como esperanza de la democratización de las relaciones internacionales cayó a pedazos bajo la hegemonía imperial, que pretende estar por encima de leyes, tratados y acuerdos. El proyecto occidental por excelencia, la democratización

del mundo, dio pauta al surgimiento de la ciudadanía global que se expresó en las multitudinarias manifestaciones contra la guerra. Y los principales promotores del proyecto democrático de antaño, los Estados Unidos, se retrotrajeron al autoritarismo multilateral y nacional, creando nuevas instancias represivas de control en Estados Unidos y doblegando al derecho internacional a la dimensión de sus caprichos imperiales de coyuntura” (p.700).

Para superar este desolador panorama Núñez Mariel ha postulado la democratización de las relaciones internacionales como una esperanza tendiente a garantizar la paz y el desarrollo integral de la humanidad en su conjunto. Para ello se requiere el fortalecimiento de los organismos multilaterales que establezcan diques de contención de la hegemonía imperial de Estados Unidos. La democracia radical que propone Mario Núñez no solamente es un proyecto político sino que debe integrar elementos de naturaleza social y económica que posibiliten la convivencia universal y que resten espacio a la reproducción de las enfermedades psicosociales ligadas al poder y al terrorismo que hemos padecido en los inicios del siglo XXI (pp.190-191).

Sin embargo, esta hermosa propuesta de Núñez Mariel, ¿puede ser algo más que una nueva utopía?